

toros, un gran número de estudiantes, empleados, comerciantes, artistas, literatos, etc., llenos de patriótico entusiasmo, para formar batallones con que resistir al invasor. Se formaron desde luego los batallones Independencia, Victoria, Mina, Hidalgo, Guerrero, Bravo y Galeana, a despecho de un grupo de exaltados, ciegos de criminal envidia. Se les dio el nombre de Polkos, aludiendo al nombre de una pieza de música, en boga entonces.

En su proclama declaran los Polkos que se levantan contra la sola persona de Farías, "porque él es el solo impedimento que han tenido para llevar adelante y acaso terminar felizmente la injustísima guerra que nos están haciendo los E. Unidos".

Los batallones de los Polkos se habían formado como guardia nacional del D.F., y sólo se habían obligado a defender la capital y sus alrededores. Ahora bien, Gómez Farías les ordenaba ir a combatir en Veracruz, siendo así que en México había tropas de línea a las cuales correspondía salir primero. El mero hecho de escoger para lo más difícil de nuestras defensas, en clima tan malsano, a esa clase de tropas improvisadas, daría a sospechar que se trataba de entregar la patria.

Al recibir órdenes de salir para Veracruz los Polkos se sublevaron contra el gobierno el 22 de febrero, y la lucha continuó muchos días. Estaba al frente de las fuerzas del gobierno el Gen. Valentín Cánalizo, secundado por el Gen. José Lino Alcorta.

J. Fernando Ramírez dijo que el clero había sido el instigador del pronunciamiento de los polkos, pero ninguna persona seria lo creyó entonces ni lo cree ahora, dice M. Puga y Acal.

A este respecto dice José M. Roa Bárcena: "No se puede admitir ni por un momento la hipótesis de que hombres como Gómez Pedraza y Otero, y como muchos jefes y oficiales cuya lista es curioso repasar, recibieran órdenes e inspiraciones de dos o tres mayordomos de monjas".

El levantamiento venía de un grupo político, accidental y temporalmente enemigo político de Farías, pero ese grupo nada tenía de eclesiástico.... El verdadero jefe de ese movimiento era Gómez Pedraza, masón yorkino. El jefe aparente, Peña y Barragán, fue una de las "glorias" militares de los juaristas 20 años después; polko el liberal Vicente García Torres; polko Lafragua, más tarde ministro de Juárez; polko Ignacio Comonfort y polko el mismo Guillermo Prieto, que es quien nos cuenta todo esto, diciendo que fue secretario de Peña Barragán.

Regreso de Santa Anna. - Desde fines de 1845 habían llegado a Veracruz y Cerro Gordo. - buques americanos al Golfo y el 20 -

de mayo de 1846 el comandante Fiterkugh bloqueó el puerto de Veracruz. El comodoro Connor atacó, pero sin éxito, la barra de Alvarado que fue defendida por el Gen. Marín. El comodoro Perry atacó San Juan Bautista y fue rechazado por el Cor. Juan P. Tráconis.

El 8 de febrero de 1847 comenzaron a avistarse los barcos de la flota americana. Venían 13.000 hombres al mando del Gen. Winfield Scott. A principios de marzo hicieron algunos reconocimientos, a corta distancia de la costa.

Desde luego, el comandante de ingenieros, Manuel Robles, dispuso activamente la fortificación del puerto y el Gen. Juan Morales, comandante de Veracruz, se preparó a resistir con los 3360 hombres que tenía, con los que, al mando del Gen. Durán, había en San Juan de Ulúa y que pasaban de 1000.

La resistencia opuesta a los invasores fue heroica, pero, por desgracia, los muchos sacrificios realizados resultaron estériles. Faltaba dinero para pagar la tropa y faltaban igualmente los elementos de guerra, pues el gobierno no envió recursos, y el levantamiento de los polkos privó al puerto de los auxilios de hombres y municiones que les eran tan necesarios.

El bombardeo de la ciudad duró seis días, causando daños inmensos. El enemigo dirigía sus bombas con inteligencia y acierto y de una manera continua sobre el convento de San Agustín, que servía de depósito de pólvora. La plaza contestó a los fuegos del enemigo desde los baluartes de Santiago, San José, San Fernando y Santa Bárbara. El castillo de Ulúa tampoco descansaba y su vigilancia honrará siempre a sus defensores, verdaderamente admirables. La tropa que de día trabajaba en las fortificaciones, dormía con el fusil al lado para estar lista a todo instante.

Las primeras víctimas fueron mujeres y niños, seguidas de familias enteras que perecían por la explosión de las bombas o de la ruina de las habitaciones. Al segundo día de bombardeo ya no hubo carne ni pan, y el rancho de sólo frijol se comió a las diez de la noche, bajo una lluvia de fuego y a la horrible luz de los incendios.

El día 27 la población entera de mujeres, con sus niños en los brazos, y algunos extranjeros esperaban delante de las casas de los cónsules español y francés para que éstos salvaran, con sus banderas, la vida de tantos inocentes.

Las negociaciones emprendidas para llegar a un acomodamiento, pues no llegaban los refuerzos pedidos a la capital, seguían entretanto. El Gen. Morales, por no firmar una capitulación y por no jurar tomar las armas, se fue en un bote, dejando el mando al Gen. Landero. Siendo ya imposible toda resistencia, los defensores

capitularen en la mañana del día 28 de marzo, después de terminados los trabajos de los comisionados que fueron ratificados por Scott. La guarnición rindió sus armas, salió con todos los honores de guerra, pero los jefes no podrían seguir en sus filas mientras no fueran canjeados.

Se habían distinguido el joven Sebastián Henzinger, teniente de la armada nacional, el Gen. Manuel Robles y su ayudante Joaquín Castillo, y el Gen. Landero.

Santa Anna, llamado a la capital con motivo del levantamiento de los polkos, llegó a México y con su presencia se calmó el movimiento. Suprimió la vicepresidencia, quitó a V. Gómez Farías del poder y puso en su lugar a Pedro María Anaya.

Reprobó la capitulación de Veracruz, puso presos a los generales Durán, Morales y Landero y se fue, como dijo, a "lavar la deshonra de Veracruz".

Con su talento organizador reunió rápidamente, con los supervivientes de la Angostura, un ejército de 10.000 hombres. Se situó cerca de la hacienda del Hencero, propiedad suya, y dispuso del ganado de la finca para alimentar la tropa. El lugar escogido para la defensa fue Cerro Gordo, distante seis leguas de Veracruz. Los ingenieros militares juzgaron desacetada la elección por carecer de agua y porque quedarían imposibilitados los movimientos de la caballería y con facilidad podrían ser flanqueados.

El día 17 de abril la división del Gen. Twiggs hizo un reconocimiento en el cerro del Telégrafo, y se retiró después de un sangriento combate. El valiente Gen. Ciriaco Vázquez, que había entusiasmado a sus soldados a la firmeza en el combate, y el Cor. Palacios, comandante de la artillería del cerro, cayeron acribillados de heridas. El Gen. López Uruga, segundo jefe del punto y el Gen. Beneneli siguieron luchando con valor y tratando de contener a los que abandonaban sus puestos lanzándose hacia abajo por el otro lado del cerro. A pesar de sus esfuerzos, el punto quedó en poder de los americanos.

Scott atacó al día siguiente con 8500 hombres por el frente y flanqueando. El ataque de flanco imposibilitó los movimientos de la caballería, y el ejército americano obtuvo una nueva y brillante victoria en Cerro Gordo.

Las bajas de los mexicanos pasaron de 1000 entre muertos y heridos, y los prisioneros no bajaron de 1000; las bajas de los americanos fueron de unos 430.

El no haber seguido las indicaciones de los ingenieros militares Robles y Cano que aconsejaban escoger el punto llamado --

Sorral Falso, mejor que Cerro Gordo, y de fortificar el cerro del Atalaya, fue en parte causa del desastre; pero, justo es decirlo, el general en jefe, que había preferido las penalidades de la campaña a las comodidades de la capital, solícito recorría la línea, visitaba las fortificaciones, vigilaba la construcción de barracas para la tropa y ejercía las demás funciones correspondientes a su cargo.

Santa Anna huyó y se retiró a Orizaba para reorganizar el ejército. Allí se le incorporó una sección de 1200 hombres procedente de la Mixteca, a las órdenes del Gen. Antonio León. Dejó después Orizaba y se retiró a Puebla, que abandonó también porque vio que no estaba dispuesta a defenderse, por falta de medios para resistir, y llegó a la capital el 20 de mayo.

Preparativos en la capital.-- Santa Anna pensó en la defensa de la capital y pudo prepararla, gracias a la larga demora de Scott en Puebla, en donde permaneció -- más de tres meses.

Ordenó el servicio militar obligatorio para todos los mayores de 16 años y estableció para ellos una maestranza a cargo del Cor. Bruno Aguilar. Las fuerzas que logró reunir Santa Anna llegaban a unos 18.000 hombres, y para prevenir las deserciones, dictó leyes severas en contra de los desertores.

Situó las fuerzas del Gen. Valencia por el norte y el lado del Peñón; el Gen. Juan Alvarez, al frente de la caballería, debía vigilar la entrada de Chalco y a Nicolás Bravo le confió la defensa del sur. Encargó las fortificaciones a los generales Mora y Villamil, Monterde, Monterde, Robles, Cano, etc.; la artillería la puso al mando del Gen. Martín Carrera y la infantería dependía de los generales Anaya, Pérez, Rangel, Terrés, etc.

El Gen. Alvarez no hizo lo que debía para impedir el paso a los americanos: así es que entraron al Valle y, pasando por Mexicalcingo, se situaron en Tlalpar.

Valencia, cuya presencia por el lado del norte ya no tenía -- objeto, se trasladó al sur y se situó en el pedregal de San Angel con unos 4000 hombres y 12 cañones.

Padierna.-- El 19 de agosto se presentó el enemigo frente a Padierna. Santa Anna ordenó a Valencia que abandonara sus posiciones, dejando bagajes y cañones que no pudiera transportar. Valencia no acató la orden porque, a su parecer, no debía dejarse libre el paso por esa parte del valle, la más despejada y libre de aguas pantanosas.

En la noche del 19 al 20 los americanos prepararon un movimiento envolvente. El día 20 comenzó temprano la lucha. La brigada --

Pérez, cuya llegada oportuna había sido de gran ayuda a Valencia el día anterior en que los mexicanos lograron adueñarse de ciertas posiciones, había sido retirada durante la noche. Para colmo de males, un fuerte aguacero mojó las municiones y cartuchos. Al entablarse la lucha, notando los soldados de Valencia que faltaba la brigada Pérez, se desmoralizaron y en un cuarto de hora tuvieron los americanos una brillante victoria.

La brigada había sido retirada por orden de Santa Anna, a pesar de la promesa que formalmente había hecho a Valencia de que podía contar con ella para el combate que se veía inevitable para el día siguiente, como efectivamente se verificó.

*se somnaron
satisfechos la
ambición y la
envidia.*

Churubusco.— Con la victoria de Padierna creyó Scott que tendría ya libre el camino para la capital. Santa Anna, en vista de la citada derrota, ordenó que se retiraran las tropas que había en San Angel y que los batallones de la guardia nacional resistieran en el puente y convento de Churubusco, al mando de los generales Anaya y Rincón.

Dos hechos de armas se verificaron entonces: uno en el puente de Churubusco y la hacienda de Portales y el otro en Churubusco mismo, en el convento. Los denodados defensores de este punto fueron los polkos que meses antes se habían rebelado contra el gobierno de Gómez Farías, por oponerse a la satisfacción de combinaciones políticas interesadas, y estaban ahora listos a sacrificar sus vidas en defensa del país.

La defensa de Churubusco fue verdaderamente heroica y sus dignos jefes, Rincón y Anaya, contribuyeron a que sus subalternos les correspondiesen con su actitud decidida y gloriosa. Por más de tres horas fue vivísimo el fuego, lijo en su parte el Gen. Rincón, y por esa causa el armamento padeció mucho, inutilizándose la mayor parte, especialmente el del batallón Independencia. Agotado que se hubo el parque, se suspendió el fuego, y entonces uno de los jefes, Francisco Peñónuri cargó a la bayoneta y cayó acribillado a balazos.

Fue tan valiente y gloriosa la defensa del convento que cuando llegó el Gen. Twiggs no pudo menos que arengar a sus tropas encomiando el valor desplegado por los mexicanos.

En esa defensa tomó parte también el literato Manuel E. de Gorostiza y el joven literato Luis Martínez de Castro, que perdió la vida luchando valerosamente.

Armisticio.— Los americanos volvieron a sus cuarteles en Tlalpan y convinieron en celebrar un armisticio y en hacer proposiciones de paz.

Los americanos nombraron como representante plenipotencia-

rio a Mr. Nicolás Trist, y México designó a los generales José Joaquín Herrera y Mora y Villamil, y a los Lics. Bernardo Ceballos y Miguel Atristain.

Los E. Unidos se atrevieron a pedir, no sólo Texas, sino también Nuevo México, ambas Californias y el libre tránsito por el istmo de Tehuantepec ofreciendo, en cambio, cierta indemnización.

Estas condiciones eran inaceptables, pues el motivo de la guerra había sido la cuestión de límites de Texas, y ahora no sólo querían esa provincia, sino mucho más. Por tanto se consideró como concluido el armisticio a partir del 6 de septiembre.

Molino del Rey.— Santa Anna pensó en detener el avance de los americanos, en Casa Mata y Molino del Rey, edificios de piedra muy sólidos que habían sido fortificados.

Los mexicanos, en número de 4000, mandados por los generales León, Pérez y Rangel se defendieron heroicamente en la acción que se libró y que resultó una de las más sangrientas de toda la campaña.

Santa Anna escribe que los americanos sufrieron un rudo golpe en Molino del Rey y que se retiraban ya en desorden rumbo a Tacubaya. "Si en tan propicio momento el Gen. Alvarez dá la carga que debió dar, la derrota del enemigo hubiera sido completa. . . . Alvarez, con 4000 caballos... tuvo al enemigo de flanco a tiro de fusil...; pero, como si nada tuviera que hacer, mantuvo se espectador.."

Debido a esa actitud cobarde de Alvarez, no prestando servicio con su división de caballería, y que Santa Anna no auxilió después, los americanos ocuparon las dos posiciones, aunque a costa de pérdidas considerables.

Entre los mexicanos se tuvo que lamentar la pérdida del Gen. A. León, del Cor. Lucas Balderas y del Tte. Cor. Gregorio Gelayty.

Chapultepec.— Para tener acceso a la capital, sólo faltaba a los americanos apoderarse de las garitas y de Chapultepec. Scott se imaginó que la toma del castillo, que suponía una fortaleza casi inexpugnable, le abriría las puertas de la capital; por eso ordenó el ataque del castillo, que estaba defendido por Bravo con 832 hombres, incluyendo en ese número los cadetes del Colegio Militar. Pero ese número quedó notablemente mermado, pues muchos desertaron descolgándose por las bardas, sobre todo los soldados del batallón de Toluca, que de 450 hombres se redujo a 27.

Los americanos atacaron el día 12 de septiembre por el poniente y por el sur. Las tropas de Bravo estaban desmoralizadas;

sin embargo se luchó heroicamente, sobre todo de parte de los cadetes, 6 de los cuales murieron.

Santa Anna escribe en sus memorias que le habían anunciado un ataque por el lado de San Lázaro y que por eso no acudió en auxilio de Cahpultépec y sólo envió, como refuerzo, el batallón de San Blas al mando del Cor. Xicotécatl quien, con 400 hombres atacó las fuerzas del Gen. Pillow que quedó herido.

A pesar del arrojío de Xicotécatl y de sus soldados, no se consiguió la victoria y de todo el batallón sólo se salvaron 32 hombres y un oficial; todos los demás murieron luchando valerosamente.

Con esta victoria, los americanos quedaron dueños del castillo y tomaron como prisionero a Nicolás Bravo, al Gen. Monterde, director del Colegio Militar, y varios cadetes, entre los cuales figuraba Miguel Miramón.

Defensa de las garitas.— Rangel se defendió valientemente en la garita de San Cosme, que al fin fue tomada por el enemigo. En cuanto a la garita de Belén, a cuya defensa estaba el Gen. Terrés, según algunos fue cobardemente abandonada, hecho que llenó de ira a Santa Anna, quien refiere que "lleno de ira, al presentársele el primero, le arrancó las charreteras y le cruzó la cara con el látigo de su caballo".

Otros dicen que los ingenieros habían hecho fortificaciones debajo de los arcos de Belén y que los americanos dirigieron una lluvia de proyectiles a las claves de dichos arcos, por lo cual comenzaron a caer se las grandes piedras de los arcos. Viendo eso los defensores, ya fuertemente batidos por la fusilería, y comprendiendo que ya era imposible resistir más, se refugiaron en la ciudadela.

Con la toma de las garitas, los americanos tuvieron libre el camino para la capital.

Las tropas abandonan la capital.— Santa Anna ordenó que las tropas mexicanas abandonaran la ciudad de México. El Sr. Manuel de la Peña y Peña, como presidente de la Suprema Corte de Justicia, se hizo cargo de la Presidencia y estableció el gobierno en Querétaro.

Los americanos ocuparon la capital el 14 de septiembre de 1847 y ese día ondeó el pabellón de las estrellas en el antiguo palacio de los virreyes. Scott nombró al Gen. Quitman gobernador civil y militar de la ciudad de México.

La soldadesca americana cometió más de un desmán en la ciudad y las mismas autoridades que gobernaban causaron desazones y muy serias, como se confirma por las comunicaciones dirigidas

por el Vicario capitular de México, D. Juan Manuel Irisarri, al jefe de las fuerzas americanas, sobre todo con motivo de robos sacrílegos cometidos en las iglesias.

La conducta de Scott con los valientes soldados irlandeses que formaban el batallón de San Patricio y que combatieron por la causa de México, fue más que severa, cruel.

Un grupo de ellos, 59, cayeron prisioneros en las acciones del 20 de agosto en el valle de México. La corte marcial condenó a los 29 primeros a ser ahorcados, conmutándoseles la pena, a 9 de los sentenciados, por la de 50 azotes con un látigo de cuero aplicado sobre las espaldas desnudas y marca de la letra D con hierro candente en el rostro. La misma corte condenó a la pena de horca a los 30 restantes, que fueron ejecutados en Mixcoac a pesar del gran empeño que en su favor pusieron el Gobierno mexicano, algunos extranjeros, el Arzobispo y hasta las señoras de San Angel y Tacubaya.

"Ni ruegos, ni lágrimas, ni respetos humanos fueron capaces de ablandar aquel corazón de hiena (de Scott), escribió Guillermo Prieto, y se dispuso que fuese llevada la orden terrible de muerte a puro e ineludible efecto".

En cuanto a Santa Anna intentó apoderarse de Puebla, pero no lo logró y salió para Huamantla con objeto de detener o nulificar los refuerzos que llegaban para los americanos. Allí, por orden del gobierno, tuvo que entregar el pequeño ejército que aún le quedaba al Gen. Isidro Reyes, por haber sido destituido del mando y sometido a juicio.

Permaneció después algún tiempo en Tehuacán y luego se embarcó en "La Antigua" para la isla de Jamaica y de allí para Turbaco en la Nueva Granada (Colombia).

La campaña de California y Nuevo México.— En julio de 1846 invadió Fremont Alta California y ocupó San Francisco, coadyuvado por la flota del comodoro Sloat. Logró pacificar toda esa región; pero, como lo decía el coronel norteamericano Mason, se mostraba descontenta la población por el cambio de nacionalidad.

Por su parte el Gen. Kearny, desde agosto de 1846 había invadido Nuevo México, venciendo la resistencia de las fuerzas de ese territorio que no pudieron contener el empuje americano por falta de elementos.

El Cor. Doniphan ocupó Paso del Norte el 27 de diciembre de 1846 y luego Chihuahua, después de haber derrotado al Cor. Heredia y al gobernador Trías, a principios de marzo de 1847, en la batalla del Rancho del Sacramento.

El tratado de paz.— No podía pensarse en llevar más adelante la resistencia, y fue, por tanto, necesario arreglar el tratado de paz, que se firmó en Guadalupe Hidalgo el 2 de febrero de 1848.

Representaron a México los Lics. B. Couto, Luis G. Cuevas y M. Atristain; Nicolás Trist tenía la representación de E. Unidos. Por dicho tratado México cedía Texas, hasta el Bravo, Nuevo México y Alta California, es decir, una extensión de cerca de 2 millones de kilómetros cuadrados, o sea, una extensión algo superior a la que le queda ahora a la República Mexicana. Recibió México, como indemnización, la cantidad de 15 millones, se le condonaba lo que estaba pendiente de pago por reclamaciones y los E. Unidos se comprometían, además, a defender las fronteras contra los bárbaros.

Juicios críticos.— El Sr. Alberto María Carraño concluye así su prólogo del libro "Jefes del ejército mexicano en 1847": "La sucinta narración de los hechos ocurridos durante aquella funesta guerra, muestra numerosísimos rasgos aislados de patriotismo, pero también ninguna preparación, ninguna coordinación de los escasos recursos que, a causa de nuestras contiendas interiores, podíamos disponer, y una grave falta de unión y de disciplina en el Ejército. Para mí ni Santa Ana ni Arista fueron traidores—creo que las razones dadas por el primero son convincentes— porque no fueron ellos solos los que perdieron los hechos de armas que se les confiaron, sino también Ampudia, Trías, Morales, Bandero, Valencia, Bravo, todos cuantos tuvieron a su cargo la dirección de los combates... Fue la falta de organización militar, fue la impericia de nuestros generales, fue nuestra imposibilidad de posponer nuestras pasiones al bien de la patria, lo que nos llevó al desastre, ya que esas pasiones impidieron más de una vez realizar actos que pudieran asegurarnos la victoria".

Henry Clay, estadista americano, escribía a Mr. Channing: "Hay crímenes que por su enormidad rayan en lo sublime; la toma de Texas por nuestros compatriotas tiene derecho a este honor. Los tiempos modernos no ofrecen ejemplo de rapiña cometida por particulares en tan grande escala".

El historiador Bancroft dice a su vez: "El gobierno de los E. Unidos no tuvo la razón de su parte; tal es el veredicto de todas las naciones civilizadas y esto han reconocido hasta los mismos ciudadanos americanos".

El brindis del Desierto.— El 29 de enero de 1848, el Ayuntamiento liberal que se estableció en México aun antes de que se firmara el tratado de paz con los E. Unidos, ofreció un banquete en el Desierto de los Leones, a Scott y demás jefes yanquis. Los brindis, según se dijo entonces, llegaron hasta desear la destrucción del culto Católico como preliminar de la anexión de México a los E. Unidos. La voz pública atribuyó este brindis a Miguel Lerdo de Tejada, que fue íntimo de Mac-Lane. "El Municipal", órgano del Ayuntamiento, nada dice del banquete y se trató de hacer desaparecer las pruebas de su celebración.

"El brindis—uno de los brindis al menos— lo dijo don Francisco Suárez Iriarte, alcalde de la ciudad de México, liberal, rojón, ex-ministro de Fariás en su interinato y uno de los más ardientes partidarios de la anexión de México a los E. Unidos, en el llamado Desierto de los Leones! (Victoriano Salado Alvarez)

Este mismo autor, citando al Gen. Hitchcock, sigue diciendo: "Hasta se llevaron sillas y las colocaron alrededor de una mesa que cubría un toldo, bastante capaz para cubrir a más de cincuenta personas!"

Suárez Iriarte se colocó a la cabecera de la mesa, y en el otro extremo otros funcionarios mexicanos. A la derecha del Presidente estaba el general Butler y a la izquierda el general Scott. Los incidentes más notables fueron de carácter político. Algunos de los miembros del Consejo, el Alcalde inclusive, dijeron brindis muy amistosos para los E. Unidos; y en dos o tres oportunidades, en palabras muy claras manifestaron sus esperanzas de que no saliéramos del país sin haber destruido la influencia del clero y el ejército!"